

Sala Medicina 3-137

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

La emancipación
de Hispanoamérica

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EDICIONES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
1936



BIBLIOTECA NACIONAL



SANTIAGO DE CHILE



COLLECTIA-MEDINENSIS

PiSA

TABLA EN QUE SE ENCUENTRA

VOLUMENES DE ESTA OBRA

NUMERO DEL VOLUMEN

111

137

23

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

La emancipación de Hispanoamérica

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EDICIONES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

1936

3.—CAPITANIA GENERAL DE VENEZUELA Y VIRREINATO DE NUEVA GRANADA

Las colonias españolas de Sud América habrían empezado la lucha por la emancipación algunos años antes de 1810 si hubieran aceptado la ayuda de Inglaterra; pero la verdad fué que los criollos americanos ilustrados sintieron aversión a toda supremacía extranjera.

Algunos espíritus progresistas en cada una de las capitanías generales y en cada uno de los virreinos comprendían la necesidad de independizarse de España; pero no aprobaban ni en sueños el plan de someterse a otro soberano europeo.

La enérgica acción de los conquistadores, y la posterior influencia de los reyes de España, ejercida durante tres siglos con rigidez y tenacidad singulares, habían formado las almas de los hijos de estas colonias, y les habían impreso un carácter indeleble. Los criollos no sentían sin duda ninguna simpatía por los pueblos sajones, ni por su religión, ni por sus costumbres. Si algunas inteligencias selectas reconocían la ventaja de que los países americanos se gobernarán por sí mismos, se alejaban espantados ante la idea de que ellos pudieran caer bajo el dominio de Inglaterra.

Esta es la verdadera causa de los fracasos que experimentaron a principios del siglo XIX el oro inglés y el ejército inglés.

Las dos tentativas del ilustre precursor Francisco Miranda para libertar en 1806 a su patria estaban afianzadas por el apoyo moral y material de Inglaterra. «Cuando se batió en

Ocumare y cuando desembarcó en Coro, recuerda un gran historiador (1) ni un solo venezolano fué a engrosar las filas de Miranda; al contrario, la clase dominante (del pueblo no hay para qué hablar, porque era todavía pasivo) apoyó sinceramente al Capitán General. Y no por ignorancia del plan de Miranda. En Caracas se tenían noticias de sus gestiones de Londres. Era que la clase dominante sabía que Miranda expedicionaba con oro inglés; que el resultado inmediato del triunfo de la expedición sería la dominación de Inglaterra, y que con ella perderían los criollos su predominio oligárquico».

Puede, en consecuencia, asegurarse que la empresa de Miranda, no sólo fué prematura, sino también mal preparada.

En cambio, hay que alabar la estrategia del gobierno inglés y de Miranda al escoger en 1806 los dos centros más vulnerables del vasto imperio colonial de España: las costas de Venezuela y el Río de la Plata. Pues existen documentos positivos en los cuales consta que el ataque a Buenos Aires en aquel mismo año fué propuesto por el mismo Miranda al ministro inglés lord Melville, en 1804, y aprobado por aquel alto funcionario. (2)

Este segundo fracaso, como el sufrido en las costas venezolanas, se debió a idéntica causa; pero, ilusionado Miranda por la paternidad del plan, atribuyó la derrota al error de los generales ingleses «que invadieron como conquistadores y no como emancipadores». (3)

En el caso de que hubiera alcanzado buen éxito en las costas de Venezuela y en las riberas del Plata, el proyecto de Miranda habría producido trascendentales consecuencias. En primer lugar, habría dado poderoso impulso al movimiento revolucionario de las colonias hispanoamericanas; y, en seguida, habría malquistado en definitiva a España con Inglaterra, y dejado a aquélla inerte en poder de Napoleón I. En

(1) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*. Edición de Berlín, años de 1907 y 1909. Tomo 1.º, página 99.

(2) Parra Pérez, *Miranda et la révolution française*. Página 439.

(3) Dr. Vicente Dávila, *Biografía de Miranda*. Edición de Caracas, de 1933. Página 36.

esta ocasión, sus hijas del Nuevo Mundo salvaron a la Península Ibérica.

Los esfuerzos de Miranda para libertar a su Patria, si no tuvieron inmediato resultado, contribuyeron sin disputa a preparar la opinión de la Capitanía General.

En Venezuela no faltaban, por lo demás, los gérmenes del espíritu revolucionario. Su proximidad a los Estados Unidos y la propaganda de los filósofos y publicistas de Francia habían desparramado entre los jóvenes de la alta sociedad criolla las nuevas ideas de emancipación. De ellos el más notable era Simón Bolívar, quien en sus viajes por Europa había adquirido el convencimiento de que el progreso de Venezuela estaba vinculado a su independencia de España.

La Capitanía General formaba entonces un pueblo pequeño, pobre y sin gran ilustración; pero encerraba en su seno valiosos productos naturales, que, aprovechados por un sistema comercial amplio, podrían darle una situación económica y política respetable.

Según cálculos prudentes, a principios del siglo XIX, Venezuela contaba con ochocientos mil habitantes; y de éstos, doce mil eran blancos nacidos en Europa, doscientos mil blancos hispanoamericanos o criollos, cuatrocientos seis mil individuos de castas mixtas o gentes de color, sesenta y dos mil negros esclavos, y ciento veinte mil indígenas de raza pura (1).

Algunos otros datos pueden ayudar a comprender la pobreza de la colonia. Las rentas públicas eran escasas, y en 1801 la intendencia de Caracas se vió obligada a pedir en préstamo a las cajas de Santa Fe, en el Nuevo Reino de Granada, la suma de 200,000 pesos fuertes (2).

«Entre los criollos no había en Venezuela sino seis títulos de Castilla, tres marqueses y tres condes. Todos eran cultivadores, militares, clérigos, frailes, empleados en rentas o en los tribunales: muy pocos negociantes (3).»

(1) Baralt y Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*. Edición de Curazao, año de 1887. Tomo 1.º, Capítulo 16, página 341.

(2) Depons, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme*. Traducción al castellano impresa en Caracas en 1930. Capítulo noveno, página 381.

(3) Baralt y Díaz, obra y tomo citados. Capítulo 16, página 328.

La influencia de las encomiendas de indígenas en la Capitanía General en el orden económico y agrícola, a la inversa de lo que sucedió en Chile, había sido de escasa significación. Aquel régimen, según documento original del Archivo Nacional de Caracas, terminó en el año de 1687; y desde entonces fué reemplazado por el de los indígenas tributarios (1).

De este modo se explica el lento desarrollo de las fortunas particulares en el territorio venezolano, y el corto número de mayorazgos establecidos en él. «En efecto, asegura respetable autor moderno, muy pocos existían. Quizás uno que gozaba la familia de Bolívar y algunos pocos más en Caracas, el llamado de los Cornieles en Trujillo y uno que otro en el resto del país, eran los únicos mayorazgos que se fundaron en Venezuela durante la Colonia. En Coro ninguno hubo (2)».

En esta clase social, sin embargo, encontró su principal apoyo la ardua empresa de la emancipación; pues, aun cuando la enseñanza suministrada por la Universidad de Caracas se hallaba lejos de ser progresista, no faltaban otros centros intelectuales, como la casa de los Ustáriz, donde se cultivaba el amor al arte, a las letras y a las ciencias.

Por otra parte, la visita de sabios extranjeros, como Humboldt y Bonpland en el año de 1800, despertó en el alma de los intelectuales un fecundo entusiasmo.

Como en todas las demás colonias de Hispanoamérica, en Venezuela la invasión de la Península por el ejército de Napoleón causó profundo pánico; y los criollos de doctrinas progresistas aprovecharon la oportunidad para preparar la independencia del país.

Con fecha 19 de Abril de 1810 el ayuntamiento de Caracas convocó a un cabildo abierto y acordó la designación de una junta que gobernara la Capitanía General durante el cautiverio de Fernando VII. Don Vicente Emparán, que entonces

(1) Así se comprueba en carta de 26 de Mayo de 1933 dirigida por el Jefe del Archivo Nacional, don Vicente Dávila, al autor de la presente obra.

(2) Pedro M. Arcaya, *Estudios de Sociología Venezolana*. Páginas 52 y 53.

disponía del bastón de mando, no pudo impedirlo; y es vió obligado a abandonar el país.

Aquella prudente medida, que hasta cierto punto satisfacía las preocupaciones e intereses de la mayoría de los habitantes cultos, no contentó a los espíritus liberales. Simón Bolívar y Francisco Miranda, que regresaron a Caracas a fines del mismo año, el primero después de una infructuosa misión a Londres para obtener el apoyo de Inglaterra, y el segundo a instancias de Bolívar, desde los bancos de la Sociedad Patriótica fundada por la Junta de Gobierno, empezaron a hacer elocuente y activa propaganda en favor de una franca ruptura con España.

La Junta había convocado al pueblo a elecciones generales; y a principios de 1811 los diputados electos empezaron a reunirse en Caracas en representación de las provincias de Venezuela.

Después de agitados debates, esta asamblea proclamó en el día 5 de Julio la absoluta independencia del país; e inmediatamente empezó el estudio de una Constitución destinada a organizarlo.

Entonces prevalecieron las doctrinas federalistas, pues los diputados se sintieron dominados, no sólo por el ejemplo de los Estados Unidos, sino también por razones históricas. Las provincias que formaban la Capitanía habían sido colonizadas y crecido independientes unas de otras. La falta casi completa de caminos transitables y la escasa comunicación entre las ciudades contribuyeron sin duda a robustecer aquel sentimiento de autonomía y de libertad.

La Constitución que nació de estas discusiones fué sancionada en 21 de Diciembre de 1811; y en ella se abolieron los títulos nobiliarios, se borraron las distinciones de castas, en lo tocante a los indígenas, a los mestizos y a los *pardos* (1), y se renovó la prohibición de la trata de negros, ya suprimida por la Junta de Gobierno en el año de 1810.

Desgraciadamente la indicada Carta no pudo practicarse; porque la reacción realista empezó a amenazar seriamente la existencia misma de la República.

Guayana, Coro y Maracaibo no aceptaban el rompimiento

(1) «En Venezuela, dice Fortoul, a todas las personas que no eran de raza pura se les llamaba habitualmente *pardos*, casta que a fines de la Colonia componían la mitad de la población total.»

con España, y se mantenían fieles a las autoridades de la Península.

En el mes de Marzo de 1812 tomó la iniciativa contra los patriotas el capitán de fragata don Domingo de Monteverde quien con un ejército de menos de 500 hombres obtuvo varios triunfos parciales, y pudo así internarse en la provincia de Caracas.

Un horrible cataclismo natural sirvió de poderoso auxilio a la causa realista. En la tarde del día 26 un espantoso terremoto arruinó las ciudades de Caracas, la Guaira, San Felipe, Barquisimeto, el Tocuyo y Mérida, y amedrentó a los ánimos apocados. Los frailes interpretaron este suceso como evidente signo de la ira de Dios contra los revolucionarios.

En esta circunstancia Bolívar dió pruebas de gran entereza de alma, y gritó a los predicadores: «Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca (1).»

La crítica situación por que atravesaba el país obligó al Congreso a disolverse, y a crear un gobierno dictatorial, que fué puesto en manos de Francisco Miranda. Este último recibió el título de generalísimo y facultad absoluta de invertir los caudales de la nación para los gastos que exigiera la campaña.

Esta dictadura fué combatida con energía por algunos revolucionarios de distinción, como el marqués del Toro y su hermano don Fernando, parientes cercanos de Bolívar; pero, en vista de la gravedad del momento, hubieron de someterse. La clase de los mestizos, después del terremoto, se manifestaba francamente hostil a la causa de la independencia.

Bolívar aceptó con repugnancia la defensa de Puerto Cabello.

Monteverde aumentaba de día en día las fuerzas de su ejército; y a principios de Marzo se apoderaba de Valencia. Miranda se apresuró a combatirle en esta plaza; pero alcanzó mal éxito. Los patriotas empezaron a vacilar y aconsejaron al generalísimo que suspendiera las operaciones y buscara apoyo en el extranjero.

En 30 de Junio un subteniente, en ausencia de su jefe inme-

(1) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*. Capítulo 5.º, página 183.

diato, entregó el castillo de Puerto Cabello a los realistas. En vano Bolívar trató de contrarrestar esta traición y combatió varios días con denuedo, y dió aviso a Miranda para que atacara al enemigo por la retaguardia. El aviso llegó tarde, y Bolívar, a quien sólo quedaban 40 hombres, resolvió embarcarse con rumbo a la Guaira. Puerto Cabello cayó en poder de Monteverde.

Esta importante pérdida desalentó a Miranda, el cual consideró a Venezuela herida en el corazón; pues, aun cuando él conservaba un ejército de más de 4,000 soldados, éstos eran bisoños y no le inspiraban confianza.

Aconsejado por algunos patriotas de gran autoridad, con fecha 25 de Julio de 1812, celebró con Monteverde un armisticio en el cuartel general de San Mateo, por el cual se aseguraba en el territorio no reconquistado el respeto de las personas y de las propiedades, y se estipulaba la libertad de los prisioneros de uno y otro bando.

El mismo Miranda se encaminó a la Guaira, dispuesto a salir del país. Acusado entonces por un grupo de patriotas exaltados de haberse vendido al enemigo, no pudo realizar su propósito y fué entregado a Monteverde, quien no cumplió ninguna de las cláusulas de la capitulación.

Miranda fué conducido a las bóvedas de Puerto Cabello, y en seguida al presidio de Puerto Rico. De allí le llevaron a España, y, después de estrecho cautiverio en el arsenal de la Carraca, en el puerto de Cádiz, murió a 14 de Julio de 1816.

Monteverde, desde los primeros días de su entrada en Caracas, remitió presos a la Península a ocho de los patriotas más ilustres, a quienes calificaba de *monstruos*; y, si Bolívar consiguió pasaporte para trasladarse a Curazao, lo debió a un generoso valedor nacido en Europa.

Simón Bolívar resolvió entonces dirigirse a Nueva Granada, y en la ciudad de Cartagena de las Indias publicó la célebre memoria en que explica las causas del sometimiento de Venezuela. A su juicio, las principales eran la magnanimidad de que había dado pruebas la Junta de Gobierno con sus enemi-

gos realistas, y su falta de previsión para descuidar el alistamiento de un ejército de línea. La Junta sólo se preocupó de organizar cuerpos de milicias indisciplinadas, que arrebatában brazos a las faenas agrícolas y no daban garantías serias para la defensa de las nuevas instituciones.

En los días en que Bolívar desembarcó en Cartagena, la situación política de Nueva Granada se hallaba lejos de ser tranquila.

El Virreinato comprendía entonces el territorio de la actual Colombia y el de la moderna república del Ecuador. Nueva Granada propiamente tal contaba con 1.400,000 habitantes, y la presidencia de Quito con 600,000 (1).

La población neogranadina se descomponía así: 877,000 blancos; 313,000 indígenas; 140,000 pardos libres; y 70,000 esclavos; y la ecuatoriana en esta forma: 157,000 blancos; 393,000 indígenas; 42,000 pardos libres; y 8,000 esclavos.

«En el Virreinato, según el concepto de sus mismos mandatarios, había pobreza, comercio muy exiguo, dejadez o pereza, e industria sumamente limitada. Esta se reducía a la explotación de las minas con el brazo esclavo, y a las pocas fábricas de *ropa de la tierra*, nombre éste con que se designaban en el país de los incas las bayetas, paños y otras telas de lana (2).»

En Nueva Granada y en la presidencia de Quito se hallaban abundantes lavaderos de oro y escasas minas de vetas o filones. De esta última clase eran las minas neogranadinas de cobre, de plomo y de hierro. En el Chocó se beneficiaba el platino, y al norte de Santa Fe las esmeraldas (3).

«Las propiedades, afirma el historiador Restrepo, estaban repartidas con bastante regularidad. No había grandes extensiones de terreno ocupadas por ricos hacendados, pero se encontraban muchos que fueran propietarios y que cultivaran los campos que habían heredado de sus padres, o que es-

(1) José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Edición de 1858. Introducción, página XIV, nota 2.

(2) Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*. Edición de 1929. Página 254.

(3) Restrepo, obra citada. Consúltese la introducción.

peraban transmitir a sus hijos. De este principio nacían muchos bijenes, y uno de los mayores, que los ricos no caían, por la vanidad que infunden las riquezas, en la tentación de vincular sus bienes y establecer mayorazgos. Había unos pocos en Cartagena, Santa Fe y Quito; por consiguiente tampoco existía nobleza o títulos de Castilla, sino en corto número: éstos y los altos empleados componían la nobleza, y pocos de sus miembros tenían rentas cuantiosas. El resto de los que se llamaban nobles eran hijos o descendientes de los empleados y comerciantes venidos de España, los que formaban la clase media de la sociedad». (1)

Un sabio investigador de los anales de Nueva Granada únicamente recuerda, entre los títulos nobiliarios existentes al iniciarse la independencia, los marquesados de San Jorge, Santa Coz, Torre-Hoyos y San Miguel de la Vega, y los condados de Santa Cruz de la Torre, Pestagua y Casa-Valencia (2).

En la presidencia de Quito, sólo se contaban dos condados, el de Selva Florida y el de Casa Jijón, y algunos marquesados, a saber, el de Selva Alegre, el de Miraflores, el de Villa Orellana, el de Solanda y el de Maenza. Existían también algunos mayorazgos (3).

Esta pobreza del virreinato, y la distancia de su capital, Santa Fe, del mar de las Antillas parecían condenar a Nueva Granada a un estado permanente de atraso e incultura; pero la enseñanza pública, que algunos progresos obtuvo en aquella ciudad a mediados del siglo XVIII, logró ilustrar a los jóvenes de la clase alta.

En el año 1762, el sabio Mutis, natural de Cádiz, empezó a dar lecciones de matemáticas y de astronomía en el colegio dominicano del Rosario. Por su parte, el Virrey Guirior introdujo en los estudios notables innovaciones, y, aun cuando la Corte no aprobó esta reforma, que hubo de suspenderse, el impulso estaba dado y benefició a algunos espíritus escogidos.

(1) Restrepo, obra citada. Léase la introducción.

(2) Carta de don Jesús María Henao al autor de esta obra en 12 de Septiembre de 1933.

(3) González Suárez, *Historia General de la República del Ecuador*. Tomo 5.º, capítulo 10, página 445.

Entre los jóvenes criollos, empezó a sobresalir a fines del siglo don Antonio Nariño, que pertenecía a noble familia, ejercía las funciones de tesorero de diezmos, y mantenía lazos de amistad con los virreyes.

Sus tareas de comerciante no le impedían dedicarse a la lectura y al estudio. Nariño llegó a reunir escogida biblioteca de autores antiguos y modernos, y, entre estos últimos, las obras de los enciclopedistas de Francia. Contigua a la librería había organizado una pequeña imprenta. En esta casa se juntaban numerosos miembros de la buena sociedad santafereña, entre los cuales pueden mencionarse al sabio don Francisco José de Caldas, a don Camilo Torres, a don Francisco Antonio Zea, y a varios otros de igual modo notables.

Don Antonio Nariño fué el primero que en Bogotá esparció las doctrinas de independencia; pero, a pesar de que procedía con excesiva cautela, pronto fué descubierto, pues publicó en 1794, en su imprenta, la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, proclamada en 1791 por la Asamblea Constituyente de Francia, y traducida por él mismo.

Este célebre documento, impreso en medio pliego de papel, causó el efecto de una bomba de dinamita en aquella población ignorante y apocada. La Real Audiencia condenó entonces a Nariño a diez años de cautiverio en un presidio de Africa, extrañamiento perpetuo de América y confiscación de todos sus bienes.

Enviado a la Península, Nariño tuvo la fortuna de escaparse en el puerto de Cádiz, y, cuando adquirió la certidumbre de que el Rey había confirmado la sentencia, se apresuró a dirigirse a Francia y después a Inglaterra. En estos países no consiguió ningún auxilio positivo para la libertad de su Patria, y resolvió volver a ella.

En Bogotá cayó de nuevo preso; pero, después de algunas diligencias, se le permitió en 1807 manejar personalmente sus bienes. Dos años más tarde, el Virrey, que había recibido denuncias graves en su contra, le encerró en un cuartel, y en seguida en uno de los castillos de Cartagena. Se hallaba en las cárceles de la Inquisición de este puerto cuando la revolución de 1810 le devolvió la libertad.

La primera ciudad del Virreinato que empezó el movimiento

revolucionario fué Quito. En la noche del 10 de Agosto de 1809, el Presidente Moriez fué tomado preso y se nombró una Junta de Gobierno.

Este alzamiento quedó aislado y fué combatido por el norte y por el sur. Los virreyes de Nueva Granada y del Perú despacharon sendos cuerpos de ejército para aplastarlo.

La Junta no disponía sino de escasas fuerzas militares, y éstas sufrieron una completa derrota, vencidas por las milicias de la provincia de Pasto, en el mes de Octubre.

Así terminó momentáneamente la rebelión, y el Presidente, que había prometido un perdón general, mandó procesar a los principales culpables, y más tarde permitió que fueran asesinados por el populacho de Quito y por las tropas del Virrey del Perú.

Estas sanguinarias agitaciones dejaron en el alma de los criollos un fecundo sedimento, que debía fructificar en el año de 1810.

La causa de la monarquía española parecía entonces completamente perdida, y los americanos en todas partes creyeron llegada la hora de asegurar su independencia. En Nueva Granada, Cartagena y varias otras provincias, no sin derramamiento de sangre, establecieron juntas de gobierno, y comunicaron estos graves sucesos a las autoridades de Santa Fe.

No puede menos de llamar la atención la independencia con que procedían las provincias del Virreinato, las unas respecto de las otras, al tomar acuerdos de tanto valor; y sólo se acierta a explicarla por el aislamiento en que esas provincias vivían. En el gobierno colonial el culto rendido a la persona del monarca constituía una fuerza bastante para mantener la unión; pero, desaparecido el Rey, la vitalidad natural de los pueblos recobraba sus derechos y exigía el reconocimiento de ellos. Así se impuso el régimen federal en Venezuela y en Nueva Granada.

El ejemplo de las provincias despertó a la ciudad mediterránea, y, en 20 de Julio del glorioso año, Santa Fe organizó su Junta, con el Virrey a la cabeza, reconociendo por fórmula la autoridad de Fernando VII. Pocos días más tarde, el Virrey don Antonio Amar y Borbón era depuesto y transportado a España.

Cartagena y Quito, que había vuelto a agitarse, modificaron sus gobiernos según el modelo de la capital. En cambio, Panamá y Río Hacha se conservaron leales al régimen español.

Esta oposición de intereses produjo por consecuencia una encarnizada lucha, de la cual fué la primera víctima la presidencia de Quito. La provincia de Popayán era un centro realista de importancia, que cerraba el paso a los quiteños y les impedía comunicarse con la capital del Virreinato.

A pesar de esta angustiada situación, los patriotas ecuatorianos se atrevieron a proclamar la independencia del país en 11 de Diciembre de 1811. Por desgracia, al año siguiente llegó de España un nuevo gobernador, quien, a la cabeza de un cuerpo de dos mil hombres derrotó por completo a las tropas quiteñas. A fines de 1812, la insurrección se hallaba sometida.

Entretanto, los revolucionarios de Nueva Granada no dedicaban todos sus esfuerzos, como habrían debido hacerlo, a la defensa de su causa, e, ilusionados con el triunfo de Napoleón en la Península, combatían unos contra otros por divergencias políticas.

Desde el primer día se habían pronunciado dos tendencias irreconciliables: federalismo y gobierno central.

La Junta de Santa Fe, acérrima partidaria del régimen unitario, invitó a las provincias para que enviaran diputados a la capital, con el objeto de que éstos a su vez convocaran un Congreso. De tal modo, la Junta creía afirmar la unidad gubernativa.

Sin duda alguna, el establecimiento de un poder fuerte, como Bolívar más tarde lo demostró en la práctica, era la garantía más segura de las instituciones nacionales.

Cartagena, que se consideraba rival de Santa Fe, desbarató los planes de esta última; y, en el mes de Septiembre de 1810, convocó a las provincias por su propia autoridad a un Congreso General, que debía reunirse en Medellín, sobre la base del sistema federalista. Esta enérgica actitud de una ciudad tan importante como Cartagena perturbó la opinión pública en la mayoría de las provincias, las cuales recibieron con entusiasmo el proyecto mencionado. Muchas desistieron de aceptar la invitación hecha por Santa Fe, aunque no se resolvieron a mandar diputados a Medellín.

Don Antonio Nariño, que ya había recobrado su libertad, con buen juicio de estadista, se apresuró a contradecir el manifiesto de Cartagena y a defender la necesidad del gobierno unitario.

Estas graves disidencias entre los patriotas facilitaron los progresos de la causa del Rey. Santa Marta, que desde fines de 1810 se había convertido en un poderoso baluarte español, empezó a hostilizar con bríos a los vecinos de Cartagena, y tanto esta ciudad como aquélla concluyeron por obstruir el tránsito del río Magdalena.

Entretanto la antigua provincia de Santa Fe se había organizado con independencia del resto del país y tomado la denominación de *Estado de Cundinamarca*. Su primer presidente fué el respetable patriota don Jorge Tadeo Lozano, quien trabajaba por una reconciliación entre centralistas o unitarios y federalistas.

Nariño, por su parte, no renunció a sus doctrinas de gobierno; y fué tal el prestigio de que se vió rodeado que Lozano no pudo continuar en el mando, y hubo de cedérselo.

Un Congreso Nacional reunido en Santa Fe, y para el cual habían llegado representantes de 9 provincias quedaba, sin embargo, fiel a las opiniones federalistas, e, impulsado por el ardoroso patriota Camilo Torres, en 27 de Noviembre de 1811, dió su asentimiento al acta de *Federación de las provincias de Nueva Granada*.

Este Congreso, que no se creyó seguro en la capital, estableció en definitiva su sede en la ciudad de Tunja; y nombró presidente de Nueva Granada a Torres.

Tal fué el principio de la guerra civil. Nariño, con un ejército de 1,500 hombres, marchó sobre Tunja. Después de pequeñas derrotas, alcanzó espléndida victoria sobre sus adversarios, que habían avanzado hasta la misma Santa Fe, con fecha 9 de Enero de 1813.

Simultáneamente, la lucha comercial entre Cartagena y Santa Marta se convirtió en guerra abierta. A pesar de lo crítico de las circunstancias, Cartagena proclamó entonces su independencia, y eligió presidente al doctor don Manuel Rodríguez Torices.

Este no vaciló en llevar sus armas contra el enemigo espa-

ñol; pero, por desgracia, a principios de 1812, fué vencido en el puerto fluvial de Tenerife. Los realistas penetraron en el territorio cartagenero y se adueñaron de la navegación del río.

Por fortuna para los revolucionarios, llegó a su campamento un capitán francés, Pedro Labatut, que venía huyendo de la Guaira; el cual, al mando de una flotilla patriota, desalojó a los realistas y los batió en retirada.

Esta fué la ocasión en que Simón Bolívar empezó a figurar en la escena neogranadina, en Noviembre de 1812. El país se hallaba dividido en tres secciones: una, que comprendía a Santa Marta y a Quito, bajo el dominio realista; otra, gobernada por el Congreso Federal de Tunja; y la tercera, sujeta a la autoridad del Estado de Cundinamarca.

Bolívar ofreció su brazo al Presidente de Cartagena, quien le colocó a las órdenes del coronel Labatut.

El coronel venezolano recibió instrucciones para defender el pueblo de Barranca, hoy Calamar, situado en la ribera izquierda del Magdalena. Mientras Labatut conquistaba a Santa Marta, contra órdenes terminantes, Bolívar cruzaba el río y se apoderaba de la villa de Tenerife.

A los pocos días, ocupaba a Mompós, y seguía persiguiendo al enemigo, hasta que, después de algunos triunfos, en Enero de 1813, dejó libre el curso del Magdalena. En esta brillante expedición ocupó la ciudad de Ocaña, donde fué acogido con vivo entusiasmo.

En el mes de Febrero, Bolívar derrotó al jefe español don Ramón Correa en Cúcuta; y el Congreso de Tunja, en recompensa de sus eminentes servicios, le otorgó el título de ciudadano de Nueva Granada y los despachos de brigadier.

Provisto de estas honrosas distinciones, Bolívar sólo pensó en rescatar a su Patria del dominio de Monteverde. Para realizar tan arriesgada empresa, debía conseguir la autorización del Presidente Torices, del Congreso de Tunja y del jefe de Cundinamarca, don Antonio Nariño. Una cuarta parte de los

soldados que estaban bajo sus órdenes eran cartageneros, y el resto dependía del Congreso (1).

Desgraciadamente, el plan concebido por Bolívar encontraba poderosos adversarios, y, aunque él tenía por cierto el firme apoyo del Presidente de la Asamblea, don Camilo Torres, éste no podía vencer la oposición de los diputados.

Inútilmente el jefe venezolano redoblaba sus argumentos a favor del auxilio que Nueva Granada debía prestar a su Patria. «La suerte de Nueva Granada, escribía al Presidente Torres en Marzo de 1803, se halla íntimamente ligada a los destinos de Venezuela.» «La esclavitud, agregaba, se parece a la gangrena: si no se extirpa con oportunidad, el cuerpo del cual ella devora uno de sus miembros será pronto atacado en todas sus partes. Yo no quiero admitir que el Congreso Nacional, el cual representa la soberanía de los pueblos neogranadinos, pueda mirar indolente el infortunio de los habitantes de Costa Firme. Usando de todos los resortes de su poder y sabiduría, él debe coadyuvar a la cruzada que ardemos en deseos de emprender contra los opresores de Venezuela.»

Cartagena y Santa Fe se veían amenazadas, aquélla por los realistas de Santa Marta, recuperada por ellos, y ésta por las tropas del brigadier español don Juan Sámamo; y juzgaban, por tanto, que sería grave imprudencia distraer una parte del ejército lejos del centro de operaciones.

A principios de Mayo, sin embargo, las dificultades empiezan a desaparecer. Después de la autorización del gobierno de Cartagena, recibió Bolívar un auxilio de 150 hombres que le envió Nariño, y, por fin, el permiso del Congreso, aunque limitado a las provincias de Mérida y Trujillo.

Provisto de estos poderes, el jefe venezolano pudo iniciar la campaña. Sus elementos eran pobres; pero el entusiasmo que lo animaba inmenso. Además de los soldados de Nariño.

(1) Jules Mancini, *Bolívar*. Edición francesa de 1912. Libro 3.º, Capítulo 2.º, página 464.

sólo tenía bajo sus órdenes 500 hombres de combate; y el armamento se reducía a 4 cañones, 1,400 fusiles de repuesto, 140,000 cartuchos y 5 ametralladoras. Este pequeño ejército partió de la aldea de San Cristóbal el día 15 de Mayo de 1813.

Con fecha 30 del mismo mes, Bolívar entraba sin combatir en la ciudad de Mérida abandonada por los realistas; y el ardor patriótico de sus habitantes le proporcionaba 600 reclutas, de los cuales 200 eran hombres de a caballo.

Algunos días después, establecía su cuartel general en Trujillo, que los españoles no habían podido defender.

Tanto en Mérida como en Trujillo, Bolívar había tomado exacto conocimiento de las crueldades cometidas por Monteverde en su campaña de restauración del gobierno del Rey, y, exaltado hasta el delirio por estos brutales actos de inhumanidad, lanzó su célebre proclama de guerra a muerte. «Españoles y canarios, les comunicaba con palabras de fuego, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, prevenía a sus compatriotas, como un estímulo, contad con la vida, aunque seáis culpables.» Un consejo de guerra confirmó por unanimidad esta terrible sentencia en la noche del 15 de Junio.

Las atrocidades de Monteverde durante los doce meses de su dictadura absoluta se hallan confirmados por los memorialistas españoles de la época. «En Caracas y en las ciudades de provincia se encerraba en las cárceles a los ancianos, a las mujeres y a los niños que se atrevían a salir a la calle. Aquellos a quienes no se degollaba inmediatamente sufrían suplicios sin nombre. Los carros repletos de cadáveres mutilados partían al anochecer y convertían los arrabales en morgues pestíferas. Los prisioneros que, por la obscuridad de los calabozos subterráneos, escapaban al ojo del verdugo, eran asfixiados o quemados vivos a través de las lumbreras, con toneles de amoníaco o de aceite hirviendo que derramaban sobre ellos (1).»

Más tarde aparece «la siniestra trinidad de Cerveriz, que

(1) Mancini, obra citada. Libro 3.º, Capítulo 2.º, página 466.

jura no perdonar la vida a ningún patriota y que se jacta con justo título de no haber faltado a su juramento ni una sola vez; de Antoñanzas, despiadado matador de niños y de ancianos, verdugo sádico con instintos de chacal, cuyo habitual entretenimiento consistía en destripar a las mujeres preñadas; de Zuazola, el cual hacía mutilar a los muertos y distribuir en las ciudades cajones llenos de orejas cortadas, que los realistas clavaban en sus puertas o llevaban en el sombrero a guisa de escarapela. Zuazola se distinguía por invenciones inverosímiles. Cuando se apoderaba de una aldea, hacía desfilar en su presencia a los habitantes; y se les cortaban la nariz, las orejas, las mejillas, se les cosía dos a dos por la espalda, o bien, después de desollarles la planta de los pies, les obligaban a andar sobre guijarros puntiagudos o pedazos de botellas de vidrio (1)».

«No se deberían tampoco olvidar a Rosete y a Yáñez, que llevaban dentro de sus bagajes marcas de hierro en cuyo extremo se leían las letras R (republicano) o P (patriota), a fin de herrar en la frente a los rebeldes (2)».

El espíritu de justicia exige que se coloque a los jefes patriotas en el mismo grado que a los realistas en cuanto a su carácter sanguinario: a Bermúdez, a Arismendi y al español Campo Elías, el cual, después de ordenar la muerte de sus parientes y de uno de sus tíos, benefactor suyo, exclamaba en un acceso de delirio: «¡Será necesario que, en concluyendo con todos los españoles, me degüelle yo mismo, para que no sobreviva ninguno (3)!»

De Antonio Briceño se refiere que en la campaña a través de Nueva Granada había celebrado con sus compañeros de expedición este macabro convenio:

«Para tener derecho a una recompensa o a un grado, bastará con presentar cierto número de cabezas de españoles europeos o de isleños de las Canarias. El soldado que presente *veinte cabezas* tendrá el ascenso de abanderado en actividad;

(1) Mancini, obra citada. Libro 3.º, capítulo 3.º, página 545.

(2) Mancini, obra, Libro y Capítulo citados. Página 546.

(3) Mancini, obra, Libro y Capítulo citados. Página 548.

treinta cabezas darán el grado de teniente; *cincuenta*, el de capitán»... (1)

No sin razón, afirma Barros Arana que «en ninguno de los estados americanos la lucha de la independencia fué más porfiada y tenaz ni se señaló por mayores atrocidades» que en Venezuela.

Después de su entrada en Trujillo, y a pesar de las órdenes del Congreso de Tunja, Bolívar resolvió aprovechar el prestigio alcanzado para continuar su marcha reconquistadora.

Los triunfos sucedieron a los triunfos. El coronel venezolano José Félix Rivas, con un destacamento de 400 hombres, vence a los realistas en las alturas de Niquitao y después en los Horcones. Y, en seguida, se reúne con Bolívar, cuyo ejército no llega a contar 1.800 soldados. Con ellos, sin embargo, ataca a las tropas del coronel don Julián Izquierdo, que disponía de un cuerpo de artilleros de primer orden, y lo derrota por completo en la llanura de Yaguanes.

Con esta victoria quedaba abierto el camino a Caracas. Monteverde, que se juzgaba perdido, resolvió entonces defenderse en Puerto Cabello, y Bolívar entró en triunfo a la capital con fecha 7 de Agosto de 1813.

En la región oriental, Santiago Mariño, a la cabeza de una división formada por jóvenes entusiastas y patriotas, se hizo dueño de las plazas de Cumaná y Barcelona.

Aun cuando no pudo conseguir que la capitulación espontáneamente ofrecida por el gobernador de Caracas recibiera el asentimiento de Monteverde, Bolívar tenía derecho para sentirse orgulloso de su campaña. El general Mitre la resume en estos términos: «Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1,200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4,500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros o rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar, ligando sus operaciones con las

(1) Mancini, obra, Libro y Capítulo citados. Página 548.

del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la República Independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en 90 días . (1)

Desgraciadamente, se hallaba aun muy lejos la victoria definitiva de la causa patriota, y debían transcurrir largos años antes de que fuera asegurada la independencia de Venezuela.

Toda la región de Coro y de Maracaibo permanecía en poder de los realistas, y allí se concentraban las divisiones derrotadas por Bolívar. Monteverde, por su parte, había escogido como refugio a Puerto Cabello, a donde iban a llegarle los refuerzos de las Antillas.

En la otra extremidad del territorio, en la Guayana, el asturiano José Tomás Boves y el canario Francisco Morales empezaban a formar sus feroces huestes con la muchedumbre de los *Uaneros*, que no reconocían más Dios ni ley que sus apetitos animales, y vivían como salvajes en los campos del Orinoco, sedientos de venganza y de odio contra los criollos dueños de la tierra. A éstos imputaban la interrupción de su comercio, que consistía en la venta de sebo, de cueros y de animales. En su mayor parte eran mestizos de indígenas y españoles, y constituían una raza característica, comparable a la de los gauchos argentinos.

Con ellos organizó Boves su *legión infernal*, compuesta en un principio de 2.500 hombres. Armados de lanzas de hierro, montaban en pelo, sin freno ni silla, y dirigían sus bestias con los poderosos músculos de las piernas.

Pero, por lo pronto, otro peligro más grave amenazaba al ejército de Bolívar. Ensoberbecido con sus triunfos de Cunamá y Barcelona, Santiago Mariño se negaba a obedecer las órdenes del jefe patriota, y se había hecho proclamar *Dictador del Oriente de Venezuela*. En vano Bolívar trató de persuadirlo de que debían proceder de común acuerdo; pues Mariño persistió en su terco retraimiento, y sólo vino a comprender la necesidad de la cooperación a última hora, cuando ya la derrota de la Patria era inminente.

Bolívar se vió obligado a dividir sus fuerzas, y envió una

(1) Mitre, *Historia de San Martín*, Buenos Aires. 1890. Páginas 342 y 343.

división considerable para combatir a Boves. El mismo, al mando de 800 hombres, empezó el cerco de Puerto Cabello, pero hubo de suspenderlo llamado por otros peligros más inmediatos.

Entretanto, Monteverde recibió de Cádiz un refuerzo de 1,200 hombres, que le permitió tomar la iniciativa de nuevos ataques a los patriotas. Bolívar trató de contrarrestar esta ofensiva, y alcanzó grandes ventajas; pero con algunas pérdidas de vidas, entre las cuales la más dolorosa para él fué la muerte del coronel neogranadino Atanasio Girardot, a quien hizo grandiosos funerales.

En esta ocasión el Cabildo de Caracas le otorgó el sobrenombre de *Libertador*, como un homenaje de la gratitud nacional.

Bolívar quiso hacer copartícipes de esta distinción a los militares más valientes de su ejército, y creó la orden de los *Libertadores de Venezuela*.

Santiago Mariño, el jefe rebelde de la región oriental, fué uno de los primeros en recibir el diploma del nuevo instituto; pero este acto de gentil diplomacia de parte de Bolívar no produjo efecto inmediato en el ánimo del Dictador de Cumaná.

A pesar de la victoria de las tropas patriotas mandadas por Campo Elías sobre las huestes salvajes de Boves, con fecha 14 de Octubre de 1813, los realistas ganaban terreno, y Bolívar tuvo necesidad de volver a dirigir personalmente las operaciones. Después de triunfos y reveses, alcanzó en los llanos de Araure señalada victoria, que le permitió ponerse al frente del sitio de Puerto Cabello.

A fines del mes de Diciembre, los defensores de esta plaza obligaban a Monteverde a retirarse del mando, por incompetencia estratégica, y a buscar un refugio en la isla de Curazao. En su reemplazo, los realistas designaron al brigadier don Juan Manuel de Cajigal capitán general interino.

A pesar de estas graves discordias en el campo enemigo, los esfuerzos de Bolívar fracasaron ante las fortalezas de Puerto Cabello, a causa de la falta de auxilio de Santiago Mariño. Boves, que había rehecho su ejército, acababa de apoderarse nuevamente de Calabozo, en el camino de la capital, y el Li-

bertador creyó indispensable su presencia en Caracas, donde un cabildo abierto le otorgó poderes de dictador.

La situación se ponía cada día más angustiosa para los patriotas. Cajigal, cuyo nombramiento de capitán general fué confirmado por el Consejo de Regencia, había llegado a Coro con un grueso destacamento de la guarnición de Puerto Rico. Los realistas eran ya dueños de toda la provincia de Barinas; y Boves, en los alrededores de Calabozo, reunía 4,000 hombres, prontos al combate.

A mediados de Enero de 1814, Bolívar selló, por fin, su reconciliación con Mariño; pero ya era demasiado tarde. Violentos encuentros con las tropas de Boves y de Morales estuvieron a punto de vencer la resistencia de Caracas.

Bolívar juzgó estratégico encerrarse en la ciudad de Valencia, desde donde podía socorrer a la capital y proteger con sus soldados a los sitiadores de Puerto Cabello.

En estas circunstancias, los gobernadores de la Guaira y de Caracas consultaron a Bolívar sobre qué conducta debían observar con los prisioneros españoles. Estos llegaban, más o menos, a un millar de personas. Como se recuerda, Monteverde no había querido ratificar la capitulación de Caracas, en Agosto de 1813, y, por tanto, había dejado en el abandono más absoluto a los prisioneros hechos por el ejército patriota.

Los gobernadores de ambas ciudades temían una revuelta de los indicados prisioneros. Más aún, había pruebas de una vasta conspiración tramada por ellos, de connivencia con los jefes realistas.

Bolívar resolvió el asunto con prontitud y energía. Con fecha 8 de Febrero de 1814, ordenó al comandante de la Guaira que hiciera fusilar en el acto «a todos los españoles presos en las bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna». Iguales instrucciones envió al gobernador de Caracas, con una diferencia. Por ella, estimó justo perdonar la vida a los españoles con carta de nacionalización.

«Las ejecuciones empezaron el 13 de Febrero y no concluyeron sino el 16. En Caracas, en la Plaza Mayor, y en la Guaira, delante de la fortaleza de San Carlos, los prisioneros fueron reunidos en pequeños grupos, y sucesivamente ejecutados. Un toque de clarín daba la señal del fusilamiento. Muy pronto

se creyó que el gasto de pólvora era demasiado oneroso, y entonces se degolló a los españoles con la lanza y el sable. 866 hombres perecieron así, fríamente, metódicamente asesinados, con la absoluta conciencia de que se cumplía legalmente un deber de patriotismo. Entre los ajusticiados, se encontraban comerciantes y burgueses pacíficos, a los cuales nunca asaltó el pensamiento de combatir contra la Revolución. Había también ancianos, que, a causa de sus achaques o de su avanzada edad, eran incapaces de andar. Se les amarró en un sillón, y en seguida, llevados al lugar del suplicio, fueron despiadadamente degollados como los demás.» (1)

Estas pavorosas crueldades y matanzas, que tenían el carácter de represalias, duraron, más o menos, dos años, y fueron suspendidas en el campamento patriota en 1816, por la propia iniciativa de Bolívar, cuya alma generosa sentía repugnancia invencible por el derramamiento de sangre humana.

La guerra a muerte, sostenida con heroísmo y ferocidad por los patriotas, no abatía los ánimos de los llaneros de Boves. Con fecha 3 de Febrero de 1814, la *legión infernal* ganaba su primera victoria de La Puerta contra las tropas de Campo Elías.

Este triunfo abrió el valle de Aragua al enemigo, y Bolívar se atrincheró en San Mateo, a fin de cerrar a Boves el camino de la capital.

Los meses de Febrero y de Marzo fueron un período de continuo guerrear entre patriotas y llaneros. Bolívar rechazó las tropas de Boves en el día 25 de Febrero; pero un mes más tarde el neogranadino Antonio Ricaurte tuvo que sacrificar su vida para impedir que la artillería patriota cayera en manos de los españoles.

Santiago Mariño derrotó a Boves en Bocachica el 31 de Marzo; pero fué vencido por el español Cevallos en los llanos del Arado, a 16 días del mes siguiente. Las tropas salvajes del Orinoco y los batallones disciplinados del capitán general Cájigal constituían una fuerza invencible.

(1) Mancini, obra citada. Libro 3.º, capítulo 3.º, páginas 540 y 541.

El gran triunfo de Carabobo, alcanzado por Bolívar contra Cajigal, con fecha 22 de Mayo, no pudo impedir que las tropas unidas de Mariño y Bolívar fueran destrozadas en La Puerta, en el día 15 de Junio, por la muchedumbre indómita del ejército llarero. Los patriotas perdieron su artillería, sus fusiles, sus municiones y sus bagajes. Boves sólo confesó 200 bajas, entre muertos y heridos, en cambio de 1,200 sufridas por Bolívar.

El Libertador, acompañado de Mariño y de José Félix Rivas, huyó a Caracas.

Los patriotas se vieron obligados a entregar la ciudad de Valencia, en 10 de Julio, sitiados por todo el ejército realista. A pesar de que Cajigal había prometido respetar las vidas y las propiedades de los vencidos, esta capitulación fué violada escandalosamente por Boves. 300 soldados murieron a lanzadas, y todos los notables de la plaza perdieron la vida a manos de los vencedores.

Caracas cayó también en poder del enemigo, y Bolívar se retiró con sus tropas con rumbo a la Guayana. Una gran parte de la población siguió al ejército. Este trágico éxodo, dice un historiador contemporáneo, se conoce con el nombre de *Emigración de 1814*.

Bolívar fué auxiliado durante la marcha por diversos destacamentos, y sus tropas llegaron a contar 3,000 combatientes; pero el segundo de Boves, Morales, le alcanzó en Aragua, y destruyó por completo el pequeño ejército. 3,000 republicanos murieron en el campo.

Bolívar consiguió escapar, y en Cumaná ayudó a una parte de los vecinos de Caracas que le acompañaban, a embarcarse para la isla de Margarita.

En estas circunstancias, un aventurero italiano, de apellido Bianchi, que había puesto a disposición de los patriotas una flotilla de la cual era dueño, se apoderó del caudal confiado a su probidad por Bolívar y Mariño.

Estos últimos estuvieron también en peligro de ser apresados en el puerto de Carúpano por dos de sus compañeros de armas, Rivas y Piar, que les acusaron de abandonar a la Patria en peligro. Felizmente, Bianchi salvó sus vidas amenazando con bombardear la plaza si no eran dejados en libertad.

Bolívar y Mariño pudieron entonces hacerse a la vela para Nueva Granada.

Bermúdez, Rivas y Piar tenían la loca pretensión de prolongar la resistencia; pero Boves, a la cabeza de 6,000 hombres, destruyó primero las tropas de Piar en un sitio próximo a Cumaná, con fecha 16 de Octubre, y, en seguida, las de Rivas y Bermúdez en Urica, a 5 días del mes de Diciembre. En estos dos combates, Boves ordenó degüello general.

Boves murió de una lanzada en el pecho durante el segundo de estos encuentros; pero, a pesar de que con él concluyó su vida el más temible enemigo de los patriotas, la República Venezolana no pudo mantenerse, y sólo resucitó años más tarde.

Las causas de este fracaso son muy explicables: faltó a los criollos la debida preparación militar, y el espíritu de unión y de disciplina. Las rivalidades entre los jefes, por ejemplo, la que separó a Mariño y a Bolívar, introdujeron en las filas un germen pernicioso, que esterilizó los mejores esfuerzos.

Además, las diversas clases sociales no cooperaron con la misma energía al éxito común. Puede afirmarse que únicamente entre las familias criollas de la buena sociedad arraigó con firmeza el propósito de emanciparse de España. Las clases populares permanecieron indiferentes en este primer período de la revolución, y tan pronto se alistaban en los ejércitos del Rey como en los ejércitos de Bolívar.

Y, por último, las terribles bandas de los llaneros del Orinoco, fascinadas por el ascendiente que sobre ellas ejerció el sanguinario Boves, no vacilaron en combatir a los patriotas, a quienes culpaban, como ya se ha expresado, de la interrupción de su comercio, y, por tanto, de la infelicidad de su vida. De cerebro inculto y salvaje, eran incapaces de comprender el concepto de la patria, y de admitir los sacrificios que ella impone. Esta poderosa fuerza constituyó un auxiliar incontrarrestable para la causa realista.

Por desgracia, ella produjo otra consecuencia de efectos más duraderos. Las crueldades cometidas en ambos campos deben en mucha parte atribuirse a la acción inhumana de los llaneros del Orinoco, los cuales en su gran mayoría se acogie-

ron bajo las banderas de la *legión infernal*, aunque a las veces no desdeñaban alistarse bajo las órdenes de Bolívar.

Sin disculpas para las matanzas ordenadas por los jefes patriotas, debe reconocerse que los llaneros de Boves contribuyeron en considerable modo a la exterminación de los criollos de raza blanca, en tal forma que, puede asegurarse, concluída la guerra de la independencia, ellos desaparecieron en gran parte, siendo reemplazados por los mestizos, de blancos e indígenas, de blancos y negros, y de indígenas y negros.

Existe un testimonio irrecusable de este hecho histórico, y es nada menos que la palabra sincera del capellán del ejército de Boves. En el memorial que este sacerdote elevó al Rey, a 31 de Julio de 1815, en descargo de su conciencia, se leen los párrafos que van a leerse:

«El comandante general Boves, desde el principio de la campaña, manifestó el sistema que se había propuesto, y del cual jamás se separó. Fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, contemplando y halagando a las demás castas, como resulta de los hechos siguientes. En el Guayabal, poco después de la batalla de Mosquitero (1), declaró la muerte a todos los blancos, y lo ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo. Por consecuencia de esta resolución, hizo matar en Calabozo 87 blancos que pudo aprehender, y dejó lista de otros 32 para el mismo efecto, y orden, a la salida de esta villa, a su comandante militar, para que hiciese matar a todo hombre blanco que allí llegase, y (para) que las mujeres blancas de Calabozo y pueblos inmediatos fuesen remitidas a la isla de Arichuna, como se ejecutó, repartiendo las casas y bienes de los muertos y de los desterrados entre los pardos, y dándoles papeletas de propiedad. En el pueblo de Santa Rosa se mataron todos los blancos que iban entre las compañías de los que se recogieron en aquellos pueblos, sacándoles de noche al campo, y matándoles clandestinamente, sin confesión; cuya misma suerte tuvieron igualmente en el pueblo de San Mateo los que fueron a ven-

(1) Derrota sufrida por Boves y Morales en 14 de Octubre de 1813, en lucha con las tropas de Campo Elías.

der víveres al ejército. Luego que Boves salió de Cumaná para Urica encontró varios blancos en las compañías que se habían formado por su orden de las gentes nuevamente remitidas de los pueblos, y los hizo morir todos en el campo, por la noche; entre ellos, don N. Armas, vecino de Barcelona, a un hijo del comandante militar de San Mateo y al comandante de la misma clase de la Margarita, nombrado por Morales. Esta misma conducta observó el comandante militar de Cunamá, Salaverría, que hizo perecer de noche más de 200 personas blancas, ocultamente y sin confesión. La insaciable sed de sangre de Boves no estaba sólo contraída a la de los blancos, aunque contra éstos era más ardiente: en los campos de batalla y en los pueblos pacíficos se cometieron por su orden horrores de que hay pocos ejemplares. A consecuencia de haber sitiado a Valencia, capituló solemnemente con Boves (10 de Julio de 1814), quien, a nombre de V. M., perdonó vidas y ofreció respetar las propiedades y conservarlas; en cuya virtud se entregaron sus habitantes. Pero, inmediatamente que entró Boves en la ciudad, hizo degollar por la noche, y sin confesión, entre 800 a 1,000 hombres, en el cerro del Pato, saqueándola después. Igual suerte tuvo la ciudad de Caracas, que se entregó sin hacer resistencia; y en las noches que permaneció allí Boves, y después, por su orden, se sacaban porción de hombres a degollar. Luego que en 18 de Agosto de 1814 se venció a la villa de Aragua, después de estar reducida a V. M., entraron las tropas de Boves con sable en mano, y algunos a caballo, y dentro de la misma iglesia degollaron de 400 a 500 hombres, con desacato de la Majestad Sacramentada, que estaba patente. Después del 16 de Octubre del mismo año fué batido en las inmediaciones de Cumaná el cuerpo de Piar, que la había ocupado. Dió Boves orden a la tropa para que entrara a la ciudad y matase cuantos hombres se encontraran, como así lo ejecutó, después de estar aquella reducida, entrando varios hombres a caballo dentro de la iglesia parroquial, buscando a los que a ella se habían refugiado, para matarlos, como lo realizaron con más de 500, en cuya operación fueron privilegiados los pardos. Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, de los pueblos de San Joaquín y Santa Ana de la provincia de Barce-

lona fueron degollados, de número de más de mil, por el teniente de caballería don N. Molinet, francés, en virtud de orden de Boves, y con otra por separado de éste al sargento 1.º don Domingo Camero, para que, si Molinet no cumplía exactamente su orden, le matase Camero. Estos dos individuos tenían las órdenes originales, que leí; y, habiéndoles reconvenido amigablemente, y suplicado que no lo ejecutasen, al menos con las mujeres y niños, me contestaron que no podían, porque peligraban sus vidas, por cuya conservación cumplieron exactamente las órdenes de Boves; y fueron incendiados los pueblos con sus iglesias, habiendo ascendido a Molinet a capitán por su puntual desempeño. Después que vencimos en la acción de Urica a los enemigos de V. M., se presentaron voluntariamente 500 hombres, entregando sus armas; y, sin permitirme confesarlos, los degollaron a todos en aquella misma noche. Luego que se redujeron, y tomaron por la fuerza, los pueblos de Irapa, Soro, Punta de Piedra y Güiría, en el Golfo Triste, se publicó indulto a nombre de V. M. para que cuantos estuviesen refugiados en los montes se presentasen; los que, haciéndolo en su virtud de 50 en 60, inmediatamente que lo ejecutaban, fueron degollados en las mismas noches, en las playas de Carúpano, donde estábamos, sin que se me permitiese confesarlos, sin que a éstos ni los anteriores se les formase causa alguna judicial. La conducta observada por Boves fué consiguiente a sus palabras: continuamente recordaba a sus tropas en público su declaración de guerra a muerte a los blancos hecha en el Guayabal. Siempre les repetía que los bienes de éstos eran de los pardos. En sus cálculos militares y en su clase de gobierno este sistema formaba una parte muy principal. En los llanos decía él: «no debe quedar un blanco, por dos razones: la primera, por tener destinado aquel territorio para los pardos; y la 2.ª, para asegurar su retirada en caso de una derrota, pues no se fiaba de los blancos, cuya compañía le desagradó siempre. Más con los pardos comía, y con ellos formaba sus diversiones. Para complemento de esta conducta, dió órdenes de palabra y por escrito a todos los comandantes militares para que a cuantos patriotas blancos se presentasen o pudiesen ser aprehendidos los matasen ocultamente, sin formarles causa ni observar alguna otra for-

malidad, añadiéndoles siempre que sería su mejor amigo el que más matase. A consecuencia de este sistema han desaparecido los blancos. En Cumaná sólo han quedado 5 ó 8 del país; y aun una gran porción de señoras fueron presas y remitidas a Caracas, para ser conducidas a la desierta isla de Arichuna. En el mismo ejército de Boves, que se componía a principios de Diciembre de 1814 de 7,500 hombres, sólo había de 60 a 80 soldados blancos, y de 40 a 45 del mismo color entre comandantes y oficiales, españoles y criollos, del referido ejército. Después de la toma de Maturín, a mediados del expresado mes de Diciembre, se siguió el mismo sistema de carnicería y mortandad que se había observado invariablemente antes del fallecimiento de Boves. Así fué que el comandante Gorrín mató a 130 que aprehendió en los 4 días siguientes a la ocupación de aquel pueblo, teniendo indistintamente la misma suerte cuantos se cogieron, y presentaron, en virtud de un indulto que se publicó ofreciendo seguridad. La insubordinación del ejército era general y escandalosa. Sin orden de ningún jefe, amanecían muertos los pocos blancos pacíficos de los pueblos; siendo voz muy común y pública entre los pardos, negros, mulatos y zambos que le componían el exterminio de aquella raza. Habiendo varios ejemplares que comprueban esta verdad, y la de su falta de disciplina y subordinación; pues, cuando se les antojaba no obedecer las órdenes de algunos comandantes y jefes, lo resistían de hecho, y pedían su deposición, a que accedía el comandante general Boves nombrando otros, que a poco tiempo experimentaban la misma suerte, si trataban de corregirlos por sus excesos (1).»

Este exterminio sistemático de la raza blanca ha ejercido poderosa influencia en la suerte posterior de la nación venezolana.

A principios de 1815, sólo la isla de Margarita quedaba en

(1) *Memorial presentado al Rey en Madrid por el doctor don José Ambrosio Llamosas, vicario y capellán primero del ejército de Boves.*

Debo el conocimiento de este memorial a mi distinguido amigo don Vicente Dávila, Jefe del Archivo Nacional de Caracas.

Consúltese el *Boletín de la Academia de la Historia de Caracas*, número 17, de 16 de Octubre de 1921.

poder de los patriotas, quienes en breve debían perderla. Restablecido Fernando VII en el trono de sus mayores, se apresuró a enviar a América una expedición considerable al mando del teniente general don Pablo Morillo. A la cabeza de 15,000 hombres, este jefe llegó en los primeros días de Abril a las costas de Cumaná, y uno de sus primeros actos fué la reconquista de la mencionada isla, cuyos habitantes se rindieron a discreción.

Aunque las instrucciones que había recibido de la Corte le imponían una conducta benévola y discreta, desde que entró en Caracas, Morillo se portó duro y cruel con los antiguos revolucionarios. Empezó por exigirles un empréstito forzoso de 200,000 pesos, y, en seguida, organizó una junta de secuestros, y, en reemplazo de la Real Audiencia un tribunal de apelaciones, junta y tribunal que hostilizaron por todos los medios a los criollos venezolanos.

Más tarde se crearon dos nuevos tribunales: un consejo de guerra permanente, presidido por don Salvador Moxó, y un tribunal de policía, destinado a practicar el espionaje.

Estas medidas inconsultas y atrabiliarias provocaron nuevos conatos de sublevación, sobre todo en los campos del Orinoco, y mantuvieron vivo el fuego del amor a la Patria.

Entretanto, Morillo, con un ejército de 8,000 hombres, partió de Puerto Cabello, con el fin de someter al Virreinato.

Arrojado de su Patria por las victorias realistas, Bolívar entró nuevamente en Cartagena a 25 de Septiembre de 1814. Durante su ausencia, habían ocurrido en Nueva Granada graves acontecimientos.

Por indicación de Nariño, y en vista de los peligros que amenazaban a la causa patriota, Cundinamarca había declarado su absoluta independencia de España en 16 de Julio de 1813; y el mismo Nariño había sido nombrado teniente general del ejército del Estado.

Con este título, y con la representación del Congreso de Tunja, emprendió una heroica campaña contra el general Sámano, que había invadido por el sur el territorio del país.

Por desgracia, después de algunos triunfos, fué derrotado por el mariscal de campo Aymerich, reemplazante de Sámano, en Pasto, a 10 de Mayo de 1814.

El ilustre *Precursor* permaneció preso durante trece meses en un calabozo de aquella ciudad. Gravemente enfermo, escapó a la muerte, y fué conducido a Quito, y de allí al Callao. En seguida, le transportaron por la vía del Cabo de Hornos a Cádiz, donde fué metido a la cárcel por cuatro años, y «encerrado en un cuarto, desnudo, comiendo el rancho de la enfermería y sin que se le permitiese saber de su familia (1).»

Después del fracaso de Nariño, el Congreso de Tunja adoptó francamente el régimen federal; pero, al mismo tiempo, acordó que, en materias de hacienda y de guerra, las provincias quedarían sometidas al Congreso y a un triunvirato ejecutivo. Cundinamarca se negó a acatar esta resolución.

En estas críticas circunstancias Bolívar se presentó en Cartagena, y puso incondicionalmente su espada a las órdenes de la Asamblea de Tunja.

El gobierno federal le confió el mando de las tropas, con instrucciones para que obligara a Cundinamarca a someterse bajo la nueva Constitución. Bolívar marchó en el acto; y, después de ligeros combates, el Presidente de Santa Fe rindió sus armas, con fecha 12 de Diciembre del mismo año. El Libertador recibió entonces los despachos de capitán general.

En seguida, de acuerdo con el gobierno, Bolívar resolvió apoderarse de Santa Marta, que era la principal fortaleza realista; pero, para alcanzar buen éxito en la empresa, necesitaba socorros de Cartagena. Por desgracia, esta plaza se hallaba dominada por émulos del Libertador y se resistió a auxiliarle.

En un principio, Bolívar proyectó dirigirse sobre Cartagena, para tomar por la fuerza la ayuda que necesitaba, y aun llegó a sitiar la plaza; pero, a fines del mes de Abril, tuvo noticias de que la expedición de Morillo había llegado a las costas de Venezuela, y juzgó antipatriótico continuar la gue-

(1) Henao y Arrubla, *Historia de Colombia*. Edición de 1929. Página 387.

rra civil. Decidió entonces eliminar su persona, y, con fecha 8 de Mayo de 1815, se embarcó para Jamaica.

Como ya se ha leído, sometida al Rey la Capitanía General de Venezuela, Morillo se encaminó a Nueva Granada, y, a fines de 1815, se apoderó de Cartagena, que resistió de una manera heroica.

El general Francisco Tomás Morales, el feroz compañero de Boves en Venezuela, que mandaba la vanguardia del ejército, había ofrecido un indulto general; pero, como de costumbre, no cumplió su palabra, y mandó degollar a más de cuatrocientas personas.

Morillo, por su parte, estableció en la ciudad un Consejo de Guerra, y, en connivencia con este tribunal, condenó a muerte a los más distinguidos jefes patriotas.

La toma de Cartagena fué el preludio de la conquista y pacificación de todo el territorio. Con fecha 5 de Mayo de 1816, el ejército realista entró en la capital, y, como en Cartagena, se cometieron en ella inauditas crueldades. Entonces fué fusilado el sabio naturalista y matemático don Francisco José de Caldas.

En 16 de Noviembre, Morillo consideró concluída su misión en Nueva Granada, y volvió a Venezuela, dejando en el mando al brigadier Sámano, a quien Fernando VII concedió el título de Virrey. En este gobierno fué fusilada por la espalda la joven Policarpa Salavarrieta, la cual había cometido el delito de facilitar la fuga de algunos compatriotas.

Así como la pérdida de Venezuela se debió a la acción tenaz y violenta de los llaneros de Boves, la de Nueva Granada fué lógico fruto de la guerra civil entre las ciudades que componían el Virreinato.

El triunfo definitivo de la emancipación en la Capitanía de Venezuela y en el Virreinato de Nueva Granada deben atribuirse al genio militar de Bolívar y a la completa mudanza de los llaneros, que de realistas furiosos, bajo las órdenes de Páez se transformaron en abnegados patriotas.

Refugiado Bolívar, como se ha visto, desde mediados de

1815 en la isla de Jamaica, no desmayó un solo día, y sólo pensaba en la restauración de la libertad de su Patria.

Con tal fin, trasladóse a Haití, donde recibió amplio apoyo del Presidente Petión, de un armador de Curazao, Luis Brión, y de otras personas. Estos auxilios le permitieron dirigirse en una escuadrilla a la isla de Margarita, en la cual gobernaba el patriota Arismendi.

Allí le reconocieron como jefe supremo del país. Desgraciadamente fué derrotado por los realistas en Ocumare, y, después de una revuelta de sus propios compañeros de armas, se vió obligado a regresar a las islas. Llamado nuevamente por los patriotas, volvió a la isla de Margarita, a fines de 1816, con el firme propósito de combatir a los españoles en el continente; pero nuevas sediciones militares esterilizaron sus esfuerzos.

El horizonte se presentaba completamente obscuro cuando un gran triunfo obtenido en San Félix por el general Piar, el día 11 de Abril de 1817, abrió a Bolívar las puertas de Guayana.

«Dueños así los patriotas del Orinoco y sus márgenes, dueños también de gran parte de Barinas, donde Páez acosaba al ejército de Morillo, la causa de la independencia no podrá ya ser destruída, por más reveses parciales que sufra en varios encuentros (1)».

A pesar de estas brillantes esperanzas, Bolívar se vió en la dura necesidad de dar muerte a Piar quien no descansaba en esparcir la discordia; y con fecha 15 de Octubre confirmó la sentencia del consejo de guerra que le condenaba a la última pena.

La ardorosa cooperación de Páez y de los llaneros del Orinoco, aun cuando no siempre continua y a menudo indisciplinada, bastó a Bolívar para combinar sus audaces planes militares, Páez era mestizo de español e indígena y había nacido en humildísima cuna. Desde temprana edad había servido de peón en una hacienda de campo hasta que contó

(1) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*. Tomo 1.º, página 248.

con recursos para dedicarse al tráfico de ganados. En este género de vida manifestó siempre un valor y una audacia a toda prueba. Su amor a la existencia nómada y su afición a las aventuras le hicieron adquirir una autoridad irresistible sobre las bandas llaneras. (1)

El último mes de 1817 y todo el año de 1818 corrieron para Bolívar llenos de alternativas favorables o adversas. En 2 de Diciembre de aquel año fué vencido en la Hogaza; pero en cambio a 12 de Febrero siguiente destrozó en Calabozo al ejército de Morillo. Con fecha 15 de Marzo los patriotas sufrieron una gran derrota en la Puerta y dos meses más tarde el Libertador escapaba milagrosamente de una tentativa realista para asesinarle.

En estas circunstancias, que en otro hombre habrían sido motivos bastantes para amilanarle, Bolívar se estableció en Angostura, hoy Ciudad Bolívar, capital de Guayana, convocó un Congreso y dictó una Constitución unitaria.

Este ensayo de organización política manifestaba a las naciones extranjeras que los venezolanos estaban resueltos a conquistar su independencia y que ya contaban con base sólida de dominio territorial. El primer resultado positivo fué el éxito alcanzado en Inglaterra por el agente don Luis López Méndez, el cual «no encontró ya obstáculos para organizar expediciones de voluntarios, contratar empréstitos, despachar vestuarios y armas (2).»

La Asamblea de Angostura nombró a Bolívar en 18 de Febrero de 1819 Presidente provisional de la República, con facultades de dictador. No necesitaba otros títulos para realizar su arriesgada empresa de la emancipación del Virreinato.

Bolívar gastó los tres meses siguientes en marchas y contramarchas y en algunos combates parciales con el enemigo a fin de esperar que Morillo tomara sus cuarteles de invierno en la época de las lluvias.

El general Páez debía quedarse en Apure para hacer frente

(1) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*. Tomo 1.º, páginas 397 y 398.

(2) Gil Fortoul, obra y tomo citados. Página 268.

a los realistas acantonados en Barinas e interrumpir de este modo las comunicaciones de Venezuela con Nueva Granada.

El día 26 de Mayo Bolívar pasó revista a sus tropas en el Mantecal. Contaba con 2,100 hombres entre venezolanos y extranjeros. De estos últimos se distinguía la legión británica mandada por su coronel don Jaime Rook.

Con fecha 11 de Junio se reunieron en Tame Bolívar y el general don Francisco de Paula Santander, y pocos días más tarde se agregó a la vanguardia la división de Anzoátegui, con la cual el ejército ascendió a 2,400 soldados.

«El rigor del invierno era tal, escribe un prestigioso historiador, que apenas había día o noche que no lloviese: los ríos y caños hinchados salieron de madre e inundaron las llanuras; basta saber que a las cuatro jornadas se habían inutilizado casi todas las caballerías que conducían el parque y todo el ganado que iba de repuesto (1).»

«Durante una semana, agrega otro respetable historiador, caminó el soldado con el agua a la cintura, acampando al raso en los sitios que las aguas no cubrían; en botes de cuero se navegaba en los ríos, ya para que el parque no se humedeciese, ya para que pasaran los que no sabían nadar; y bajo aquel cielo inclemente una frazada era el abrigo con que el soldado protegía con más solicitud el fusil y las municiones que su propio cuerpo (2).»

«El 22 de Junio, se lee en la misma obra, comenzó el ascenso por los gigantescos Andes, salvando los obstáculos de los precipicios y de las rocas escarpadas que constituían los caminos; Bolívar eligió la vía del páramo de Pisba, porque era poco transitada en verano y abandonada por completo en invierno. Con asombro contemplaban los llaneros las alturas andinas que habían alcanzado, cuando ante sus ojos aparecían otras y otras más elevadas a las que era preciso llegar; el frío embargaba los sentidos; los caballos perecían de fatiga y obstruían el escabroso sendero a los que venían detrás; el parque

(1) Baralt y Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela*. Edición de Curazao. Tomo 2.º, página 433.

(2) Henao y Arrubla, *Historia de Colombia*. Tomo 2.º, páginas 453 y 454.

quedaba abandonado donde caía la acémila que lo conducía; las lluvias eran incesantes día y noche y el uso del agua de los páramos enfermaba a los soldados (1).»

Nunca el pasaje de una cordillera por tropas militares fué más peligroso ni más heroico. Esta marcha de Bolívar a través de la Oriental de Nueva Granada es una hazaña superior a las que ejecutaron Aníbal y Napoleón en los Alpes y San Martín en los Andes de Chile.

En la vertiente del Oeste aguardaba a los patriotas un ejército realista más numeroso que el suyo y mejor provisto de toda clase de recursos; pero el aliento patriótico que Bolívar supo transmitir a los soldados fué un arma invencible que destruyó todos los obstáculos. La victoria de Boyacá ganada en 7 de Agosto de 1819 contra el general Barreiro aseguró la independencia de los neogranadinos.

Más de 1.600 soldados realistas quedaron prisioneros; y al día siguiente el Virrey Sámano se fugó de Bogotá. Bolívar nombró a Santander Vice-Presidente de las provincias libres de Nueva Granada y pudo regresar a Venezuela en el mes de Septiembre.

En su Patria, el Libertador fué aclamado como general victorioso por el Congreso de Angostura, que, con fecha 17 de Diciembre, dictó la ley que organizaba la República de Colombia. Según ella, la Capitanía de Venezuela y el Virreinato de Nueva Granada formarían un solo Estado, dividido en tres departamentos con los nombres de Venezuela, Cundinamarca y Quito. En seguida, se nombró a Bolívar Presidente provisional de Colombia, a don Juan Germán Roscio Vice-Presidente de Venezuela, y a Santander de Cundinamarca.

Entretanto graves acontecimientos ocurrían en España; y, así como el cautiverio de Fernando VII en 1808 provocó la ruptura de las colonias hispanoamericanas, la revolución de 1820, encabezada por Riego, hizo concebir esperanzas a los patriotas de que podrían obtener la independencia por medios pacíficos.

Por de pronto, el ejército reunido en Cádiz para dominar

(1) Obra y tomo citados. Páginas 455 y 456.

la revolución de América se alzó en armas y resolvió quedarse en la Peñínsula, y el Rey, obligado a restablecer la Carta de 1812, envió instrucciones a sus colonias del Nuevo Mundo para que se tratara de una reconciliación con los jefes republicanos.

Morillo recibió entonces el encargo de reconocerles en el gobierno de las provincias que ocupaban a condición de que prestaran juramento de fidelidad al soberano español. Bolívar rechazó indignado estas proposiciones, y sólo admitió una tregua de seis meses, que fué ratificada en la ciudad de Trujillo a 25 de Noviembre del mismo año de 1820. Morillo quiso entonces tener una amistosa entrevista con su altivo adversario, la que se celebró en un pequeño pueblo de los alrededores; e inmediatamente después se embarcó para España. En su reemplazo, quedó como general en jefe de las tropas realistas el mariscal de campo don Miguel de la Torre.

Rotas nuevamente las hostilidades, Bolívar desbarató por completo al ejército español en la llanura de Carabobo, en el día 24 de Junio de 1821.

Los realistas contaban con 5,000 soldados, y los patriotas con 6,500. Este último ejército se hallaba compuesto de tres divisiones, la primera de las cuales era mandada por el general Páez.

Una montaña separaba ambos campamentos, y el ejército de Bolívar debió atravesar peligrosos desfiladeros, en los que recibió el mortífero fuego del enemigo. Pero el regimiento de auxiliares ingleses resistió con indomable energía el ataque de los españoles, y permitió rehacerse a los batallones venezolanos. La caballería realista intentó arrollar a los llaneros, inútilmente; pues, al verse en campo abierto, los soldados de Páez eran invencibles. Menos de una hora duró la batalla. La Torre logró escapar, y se encerró en Puerto Cabello, que debía ser el último baluarte de la dominación española en Venezuela.

Puede asegurarse que esta jornada puso término en Colombia al gobierno de la monarquía. Bolívar y Páez entraron en Caracas el día 29 de Junio.

Hacía cerca de dos meses que se había instalado el congreso constituyente de Colombia en la villa granadina de Cúcuta,

Esta asamblea luego se dividió en dos bandos: uno de los que preferían el sistema federal, y otro de los que, inspirados en las opiniones de Bolívar y de Nariño, abogaban por la forma centralista o unitaria. Triunfaron estos últimos, y, de acuerdo con la ley de 17 de Diciembre de 1819, que declaró unida Venezuela a Nueva Granada, bajo el nombre de Colombia, dictaron la constitución definitiva de la República.

Esta Carta creó los cargos de Presidente y Vice-Presidente, los cuales debían ser desempeñados por colombianos de nacimiento. Quedó, por lo demás, establecido que ambos funcionarios serían nombrados cada cuatro años.

El Congreso de Cúcuta tomó algunos otros acuerdos de importancia: dictó una ley de abolición gradual de la esclavitud africana, escogió a Bogotá como residencia del gobierno, y eligió a Bolívar para Presidente y al general Santander para Vice-Presidente.

La designación de Bogotá como capital de Colombia y el nombramiento del granadino Santander provocaron desde el primer día el descontento de Caracas e hicieron nacer un germen poderoso de futuras discordias.

Bolívar fué sin disputa el primero de los generales patriotas de Hispanoamérica, pero, en cambio, justo es reconocerlo, a menudo erró en su conducta política. Si debe elogiarse la amplia y elevada concepción que quiso realizar en el Congreso de Panamá, o sea la liga de todos los pueblos americanos, no puede menos que juzgarse utópica la unión en una sola república de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Esta construcción, al parecer imponente, no podía mantenerse por mucho tiempo; por cuanto los intereses de los tres países eran opuestos, y hasta las distancias materiales que separaban a las ciudades de aquella trinidad eran obstáculos invencibles para la organización de un buen gobierno.

Bolívar no tuvo la perspicacia necesaria para comprender que los adalides de la guerra de la independencia, no sólo en Nueva Granada, sino también en Venezuela y en el Ecuador, se creían con derecho para mandar y no desperdiciarían ocasión de hacer valer sus títulos. El Libertador mismo antes de desaparecer se convenció de que cuando había unido la

suerte de las tres naciones con una sola Constitución «había arado en el mar.»

Bolívar delegó la Presidencia de la República en manos del general Santander, y a principios del mes de Marzo de 1822, abrió desde Popayán la campaña de Quito, que permanecía bajo el poder español. El mismo triunfó en Bomboná el 7 de Abril, y su segundo Sucre ganó la batalla de Pichincha en 24 de Mayo. Ecuador se hallaba libre. Bolívar y Sucre se juntaron en Quito y promulgaron la Constitución de Cúcuta.

En este momento solemne, según aseguran los historiadores, emancipado ya todo el territorio de la República, pensó Bolívar en renunciar la presidencia y regresar a Caracas para descansar en el seno de su familia. Si tal hubiera sucedido, habría él renunciado a la mitad de su gloria. Su genio le hizo sobreponerse a aquel sentimiento de debilidad, y marchó adelante, a libertar al Perú, y a crear a Bolivia.

Estas grandiosas campañas pertenecen a otro capítulo de la presente obra, donde serán referidas en su parte esencial.

Los últimos cuatro años de la vida de Bolívar fueron de zozobras y desengaños para él. Pruebas evidentes de rebelión estallaron en Bogotá en Venezuela y en Quito contra la república colombiana. El Libertador comprendió entonces que su obra política había sido efímera, y que en breve debía disolverse la unión tan anhelada entre las tres naciones.

De regreso del Perú, Bolívar entró en Bogotá a 14 de Noviembre de 1826, y, después de investirse de facultades extraordinarias, apresuró su marcha a Caracas, donde el general Páez adoptaba una actitud revolucionaria.

Antes de la llegada del Libertador, Páez se declaró incondicionalmente sometido a su autoridad, y ambos entraron juntos a Caracas el día 10 de Enero de 1827.

A pesar de que había motivo para ello, Bolívar no juzgó prudente castigar al general rebelde, y, cuando él salió de su Patria, para no volver más, con fecha 4 de Julio, Páez quedó como jefe civil y militar de los departamentos venezolanos.

El suceso político más importante del año 27 fué la convocatoria por el Congreso Nacional de la Gran Convención de Colombia, que debía reunirse al año siguiente en la ciudad de

Ocaña, con el objeto de resolver si convenía o no reformar la Carta de Cúcuta. La razón de esta grave medida era al corriente irresistible que dominaba entre granadinos, venezolanos y ecuatorianos en pro de la separación de los tres países.

De vuelta nuevamente en Bogotá, Bolívar halló tan conmovida la opinión pública que no vaciló en decretarse facultades extraordinarias sobre todo el territorio de la Nación.

La Convención de Ocaña no dió resultado alguno; pues tal fué la agitación de los partidos, separados en unitarios y federalistas, que llegó a disolverse a sí misma.

En estas circunstancias, Bogotá encabezó un poderoso movimiento de adhesión a Bolívar, a quien encargó del mando supremo con plenitud de facultades; esto es, proclamó la dictadura del Libertador, con fecha 13 de Junio de 1828. Inmediatamente, siguieron el ejemplo de la capital la mayoría de las municipalidades granadinas.

Por su parte, Vevezuela, arrastrada por el general Páez, acató algunos meses después la autoridad de Bolívar en iguales términos. Esta espléndida manifestación fué una brillante prueba del culto inspirado por el vencedor de cien batallas; pero en modo alguno significó que los pueblos consintieran en permanecer unidos por la fuerza de las leyes. Por lo demás, este es el último homenaje popular que Bolívar recibió antes de su muerte.

Del Capitoño a la Roca Tarpeya no hay sino un paso. A los pocos días, el Libertador estuvo a punto de ser asesinado, en Bogotá, en la noche del 25 de Septiembre, dentro del palacio de San Carlos, donde habitaba, por un grupo de jóvenes exaltados, que querían poner fin al gobierno tiránico. Felizmente Bolívar escapó por una ventana, ayudado de la valerosa dama que le seguía como su amada compañera, doña Manuela Sáenz.

Algunos de los conjurados pagaron con la cabeza el delito cometido; pero el principal de ellos, o sea, el general Santander, que no dejó nunca de conspirar contra la dominación de Bolívar, por falta de pruebas positivas, sólo fué castigado con el destierro.

Desde entonces el Libertador contrajo todos sus esfuerzos a dar más vigor y estabilidad al gobierno. La dictadura no

conoció límites. Bolívar se ilusionaba con la idea de que aun podría salvar la República de Colombia.

Causan profunda amargura los extravíos a que le arrastró la pasión política. Prohibió en las universidades la enseñanza de las doctrinas de Bentham, y suspendió las cátedras de principios de legislación universal, derecho público, constitución y ciencia administrativa. En cambio, estableció como obligatorio para todos los alumnos el estudio de los fundamentos de la fe y de la historia eclesiástica. Condenó la existencia de las sociedades secretas, bajo severas penas, y abolió la libertad de imprenta. Nadie podía transitar armado por las calles sin licencia de la autoridad. Y, por último, suspendió a todas las municipalidades granadinas y venezolanas.

La dictadura había llegado a su cúspide. Para satisfacer, sin embargo, a la opinión republicana, Bolívar se creyó en la obligación de convocar, en 24 de Diciembre de 1828, un congreso constituyente, que debía reunirse en Bogotá a principios del año 29.

La crisis se presentaba tan grave en esta época que el propio ministerio del Libertador, a efecto de impedir la disolución de Colombia, concibió el plan de proponer a los gobiernos de Francia e Inglaterra el establecimiento de la monarquía después de los días de Bolívar; pero ni una ni otra nación dieron facilidades para realizar el proyecto: Francia, por consideraciones a España, que aun no perdía la ilusión de recuperar sus dominios americanos; e Inglaterra, por temores al advenimiento de un príncipe francés.

Bolívar, por su parte, aunque manifestó veleidades a favor del cambio de régimen, concluyó por oponerse resueltamente a su implantación, y aconsejó a los ministros que, en último caso, propulsaran el movimiento separatista.

Bolívar siempre fué partidario de los gobiernos fuertes y dictatoriales. Creía en conciencia que éste era el único sistema adaptable a las nuevas nacionalidades, todavía en estado de formación.

En el año de 1829, los espíritus sensatos comprendieron que ya no podían pensar en mantener la república colombiana. El dilema que se impuso entonces fué, o bien, el régimen federal, o bien, la separación definitiva de los tres países.

Venezuela tomó la iniciativa para disolver la República. En vano el Congreso convocado por Bolívar, que empezó a reunirse en Bogotá a 2 de Enero de 1830, nombró una comisión de distinguidos representantes con el fin de que trataran de ponerse de acuerdo con otros tantos elegidos por el gobierno del general Páez; pues estos últimos no cesaron en su exigencia de que la base previa de todo convenio debía ser el reconocimiento de la autoridad de su jefe.

Entretanto Bolívar había presentado al Congreso renuncia indeclinable de la Presidencia, y, con fecha 1.º de Marzo, entregado el mando al general Caicedo.

La disolución de Colombia era ya un hecho consumado. En el curso del año las principales ciudades de Ecuador se pronunciaron a favor de ella, y el general don Juan José Flores convocó el Congreso Constituyente de Riobamba.

Y, a fin de evitar entorpecimientos, el general Sucre, mariscal de Ayacucho, fué vilmente asesinado en el bosque de Berruecos, a poca distancia de la ciudad colombiana de Pasto. No faltan quienes culpen de este atroz delito al propio general Flores, ni quienes lo imputen al comandante general del Cauca don José María Obando. La historia no ha resuelto aún este triste problema.

Quedaba con vida el Libertador, quien no conservaba autoridad alguna; pues había sido repudiado en la misma Venezuela, donde algunos insensatos pedían su destierro. ¡A tal punto llegaba el furor de las pasiones!

El Congreso de Valencia, convocado por Páez, acordó, por fin, el ostracismo de Bolívar, y Páez no titubeó en firmar el decreto de 10 de Septiembre de 1830 que promulgaba esta absurda resolución.

Víctima de tuberculosis pulmonar, Bolívar lanzó el último suspiro con fecha 17 de Diciembre en la quinta de San Pedro Alejandrino, vecina al puerto de Santa Marta.

La Gran Colombia había desaparecido con él.